

3

OBRAS IMPORTANTES
de la actual
narrativa en lengua española,
editadas por

Seix Barral



Mario Vargas Llosa
(peruano)

La casa verde

Una novela mucho más ambiciosa
y más importante que
"La Ciudad de los perros"
que sitúa al autor al nivel de los
maestros de la narrativa
contemporánea.



Juan Marsé
(español)

Ultimas tardes con Teresa

Premio Biblioteca Breve 1965
Una obra que se pronuncia en contra
de las últimas corrientes literarias
de la novela española: que trata
con crueldad y ternura
desconcertantes a sus personajes.
La revelación de un talento
a nivel de su tercer libro.

"Seix Barral de Barcelona ha seguido los progresos
de la nueva literatura latino americana y los ha fomen-
tado hasta situarla en un contexto realmente inter-
nacional".

Emir Rodríguez Monegal
en "Life", Agosto 1965.

"Los 225 títulos aparecidos en "Biblioteca Breve",
suponen un riguroso balance de seriedad, de impor-
tancia, de estar al día en lo que ocurre en las páginas
de la novela europea. Y, así también, en otras seccio-
nes de la colección: en el ensayo, en la poesía, en la
narración corta.

La colección "Biblioteca Breve" es un amplio balance
de la literatura de nuestro tiempo".

Julio Manegat
en "Noticiero Universal",
Febrero 1966



Alejo Carpentier
(cubano)

El siglo de las luces

El libro capital de uno de los
clásicos vivos de las letras
latino americanas.



DEPORTES

la fe mueve... los títulos

La victoria del Madrid sobre el Partizan, en la undécima edición de la Copa de Europa, constituye una gran alegría para todos los aficionados españoles, pero, al mismo tiempo, el más sensacional éxito que los «merengues» se han apuntado en su dilatado y brillante historial.

A decir verdad, este Madrid de ahora está lejos, en cuanto a clase y espectáculo, del Madrid de Di Stéfano. Pero tiene el enorme mérito de haberse sabido hacer digno de aquél. Sin dispendios onerosos, sin «aseso» de importación y sin publicidad a lo H. H., el Madrid del eterno don Santiago ha conseguido lo que nadie, o casi nadie, creía: situarse otra vez en el primer plano del fútbol continental.

Un Madrid, cien por cien español, capaz de auparse a ese trono dorado de la Copa de Europa no deja de ser una novedad. Y de ahí la grandeza de su hazaña. El Anderlecht, el Inter e incluso el Partizan son conjuntos más sólidos, de mayor brillo, de superior clase. ¿Qué tiene, pues, este Madrid de la «nueva ola» para haberlos batido, y pese a todo cuanto se ha dicho, con toda justicia?

En la pequeña historia del fútbol se encuentran ejemplos formidables de equipos que, durante un cierto periodo, han marcado la ley a los demás. Este fue el caso del «Wunderteam» austríaco, del Arsenal, del Honver... Pero ninguno de ellos, pasada su época gloriosa, han podido reverdecer sus laureles. Dejaron el ejemplo y desaparecieron.

El Madrid ha hecho más. Ha conseguido unir los eslabones de su cadena excepcional. Algo que nadie había logrado. Vencedor de las cinco primeras Copas de Europa, sus fuerzas parecieron decaer. En su ocaso maravilloso, aún tuvo energías para disputar otras dos finales, pero todo parecía indicar una decadencia, tan activa y orgullosa como inevitable. Y de repente, con un cuadro remozado, jovencísimo, casi inexperto, levanta de nuevo la cresta y, sorprendiendo a todos, inscribe su nombre, por sexta vez, en el torneo más envidiado y cotizable —después de la Copa del Mundo— que existe. Nuestra generación difícilmente asistirá a un «spalmarés» tan extraordinario.

Veinticuatro horas antes de la final de Bruselas, el presidente del Madrid, dirigiéndose a sus muchachos, les dijo «que no se hicieran señoritos antes de tiempo». La frase, ajustada a esa filosofía campechana y campesina de Bernabéu, tiene su «amigo». En este fútbol superprofesionalizado de la actualidad sobra con frecuencia cerebro y falta corazón. El «señorito» no tiene corazón y, si lo tiene, se olvida de él.

Si antes el Madrid «ganaba por un proceso lógico de valores técnicos, ahora se impone por su enorme ilusión. La fe de sus futbolistas les hace mover los títulos. El 90 por ciento del éxito de este Madrid «ye-yé» reside en que sus chicos no quieren ser señoritos, sino jugadores consagrados a la tarea de honrar su condición y los colores históricos de su club.

Sobre el bien cuidado césped del Heysel bruxelés, el Madrid dio una lección de energía indomable, de entusiasmo a espaldas y de fe a raudales. Ni la enemiga de un árbitro teutón, ni la ventaja obtenida por el Partizan en un momento particularmente peligroso del partido, ni sus propios y tozudos errores técnicos iniciales, le hicieron arriar bandera. Hay algo, dentro del equipo, que parece moverse con independencia de todo lo que puede ser cotizado sobre el papel. Ese algo, que tanto es sentido de una herencia gloriosa como espíritu increíble de superación ante la adversidad, hizo el milagro. Cuando el Madrid comenzó a verse impulsado por esta reacción inesperada, sus jóvenes hombres se transformaron de ingenuos futbolistas en maestros dotados de una casi insolente seguridad.

Si, particularmente, tenemos la impresión de que este Madrid, desde el punto de vista de la aureola y el prestigio mundial, está unos cuantos peldaños por debajo de aquel otro que marcó toda una época de la historia del fútbol, tampoco se le puede regatear el elogio. Antes al contrario, hay que multiplicarlo, porque pocas veces se ve un equipo, con una limitación de posibilidades virtuosistas, llegar tan lejos. Y eso, no como producto de la casualidad, sino como consecuencia de una mágica combinación de coraje y fe.

Miguel Muñoz, que tiene una carta de presentación sin imitadores, simboliza, tal vez, mejor que nadie el éxito de un equipo donde la modestia, la ilusión y el trabajo han sustituido al brillo, la profesionalidad consciente y la genialidad. Medir o comparar esos valores resulta tarea difícil. Por lo demás, cada lector y aficionado tiene sus preferencias. La única verdad es que, con fórmulas totalmente opuestas, los resultados son los mismos. He aquí algo con lo que deben pensar aquellos que sólo basan en el dinero y la propaganda el buen hacer de sus funciones.

J. J. CASTILLO